

Manuel García Viñó

Las leyendas de Bécquer

(mundo y trasmundo)

ACVF EDITORIAL
MADRID

Diseño de la colección:

La Vieja Factoría

Ilustración de la cubierta: Retrato de Gustavo Adolfo Bécquer por su hermano Valeriano.

Editor:

José Ramírez

Editor técnico.

José Miguel García Martín

Lectura de prepublicación:

José Ramírez

Primera edición en ACVF: agosto de 2016

© Herederos de Manuel García Viñó, 2016

© ACVF EDITORIAL, 2016

www.acvf.es

ISBN: 978-1537079349

Impresión digital bajo demanda. Disponible también en eBook.

A mi mujer

Reconocimiento

Gran parte de los más interesantes estudios sobre Bécquer están publicados en revistas, muchas de ellas extranjeras y de no fácil localización. Localizarlas y obtener las necesarias fotocopias, que me permitieran trabajar con el adecuado reposo, no hubiera sido posible sin la valiosa ayuda de un bibliotecario amigo, Carlos Ibáñez. También la señorita Celina Íñiguez me ayudó en este sentido, sobre todo al permitirme disponer, por todo el tiempo que me fue imprescindible, del único libro existente sobre la prosa de Bécquer, el de Berenguer Carisomo, casi imposible de hallar hoy día y de indispensable consulta para un trabajo como el mío. A ambos, mi profundo agradecimiento. También debo gratitud a dos becquerianos insignes, don Santiago Montoto y don Dionisio Gamallo Fierros, por sus valiosas indicaciones. Finalmente, a la señorita Matilde González Rubio, que mecanografió con esmero las largas citas de Bécquer que contiene el libro, primero, y luego todo el original.

Manuel García-Viñó

Introducción cordial a Bécquer

Entre los dos o tres días más importantes de mi vida, está uno de la primavera de 1947 que nunca podré determinar con exactitud. Hacia las siete de la tarde, me ocurrió algo que provocó el primero de los tres virajes realmente decisivos que ha conocido mi camino.

Yo estudiaba el séptimo curso del bachillerato en el Colegio San Fernando, de los Hermanos Maristas, y preparaba la Reválida. Hacía tres años que habíamos dejado la casa de la calle de Jesús del Gran Poder, muy cercana por cierto al lugar donde naciera Bécquer, y estábamos ahora —los cursos superiores— en una de la calle de San Pablo, antigua sede de la Compañía Sevillana de Electricidad.

Nuestra clase —séptimo B— tenía una de sus paredes toda de cristal, y daba a un patio de azulejos, en medio del cual se cimbreaba una palmera, rodeada de macetas de geranios y aspidistras. Desde ella —mi mesa estaba junto a la cristalera— se veían la azotea del edificio y las de algunas otras casas, todas resplandecientes de cal, y también la cúpula

y la espadaña, semiderruida y tan romántica, de la basílica de la Magdalena.

Aquella tarde me dejaron castigado. A mí solo. Me tocaba pasar hora y media, si antes no llegaba el indulto, fastidiado y aburrido, pues no tenía conmigo ni una sola novela, y tampoco encontré ninguna en los pupitres de los compañeros que me constaba que podían tenerlas y que ansiosamente registré. Mis lecturas de entonces eran, especialmente, las novelas de Doc Savage, de la colección *Hombres Audaces*, de Editorial Molino; las del Coyote, Tres Hombres Buenos, Yuma, Duque, Ciclón, Hércules, estos últimos, hombres audaces también, pero hispanos; las *Novelas Deportivas* y otras obras policíacas, del oeste y de aventuras, especialmente de las diversas series de *Biblioteca Oro*, perteneciente también a aquella editorial. Lo pasaba bien con estos libros, que encontraba insuperables, y toda obra referenciada en los textos de literatura que estudiábamos —para aprender, al parecer, títulos, fechas y nombres propios— estaba seguro de que había de ser necesariamente «un tostón». En aquella época —diecisiete años—, para mí iban irremediablemente unidos los conceptos serio y aburrido, clásico y aburrido, lo-que-enseñan-en-el-colegio y aburrido. Encontraba insoportable la música clásica, aunque nunca me había parado a oírla, y, sin embargo, me deleitaba escuchando música de poca monta. Y me deleitaba con aquellos libros, que devoraba; e incluso intentaba escribir mis propias novelas policíacas y deportivas. Recuerdo también que cuando en clase tocaba ejercicio de redacción, yo procuraba dar a la mía la forma de un relato más o menos aventurero y obtenía las mejores calificaciones. Así

como en dibujo, ya desde los tiempos del Ingreso, las obtuve también.

Quiero hacer ver con esto que en mí ya había un germen —me lo podría probar con infinitos detalles más, pero no hace falta—, una inclinación, aunque mal dirigida, una afición. Por lo demás, el deporte era lo más importante para mí en aquel momento. Se me daba bastante bien, me parece, de extremo derecha en fútbol y había obtenido algunos éxitos escolares en carreras de relevos y en 100 metros lisos.

Mis amigos me esperaban, como cada tarde, para jugar al balón. Por otra parte, la primavera sevillana no es algo que predisponga precisamente a la quietud. Con la mano en la mejilla, nervioso, rumiaba mi aburrimiento, mirando el patio desierto, silencioso, sombrío ya, y de vez en cuando transitado por la negra silueta de algún hermano. Siempre el sol de la tarde, resbalando en su caída por las fachadas, me ha puesto melancólico, especialmente cuando he estado solo y lejos de donde quería estar. Y desde allí podía verlo brillando sobre la cal, entre rojizo y dorado, sobre las piedras viejas y verdinosas de la iglesia. Olía a jazmín, a muchacha, a Guadalquivir y a mi propio sudor de animal joven. Sentía dos deseos dolorosamente clavados en el pecho: matar el tiempo, vivir.

En la esquina derecha de mi pupitre, estaban ya amontonados, dispuestos, los cuatro o cinco libros que me tenía que llevar. Uno de ellos era el segundo tomo de la *Historia de la Literatura Española*, de Guillermo Díaz-Plaja. Distraídamente, lo puse bajo mis ojos y lo empecé a hojear.

El libro estaba ilustrado con grabados y trozos de composiciones de los autores estudiados. Me entre-

tuve mirando los retratos —me acuerdo del del Duque de Rivas, del de Espronceda— y leyendo algunos versos —unos de Bartrina, estoy seguro— y algunos trozos de prosa. Y así llegué a la página en que se reproducía el más famoso de los retratos de Bécquer, hecho por su hermano Valeriano: ese en que aparece de medio perfil, con un rizo cayéndole sobre la frente. Un retrato muy sugestivo. Hay que reconocer que Valeriano acertó a pintar en él al Bécquer ideal, al Bécquer inmortal, y que, en consecuencia, este retrato al óleo resulta más verdadero que las tres o cuatro fotografías que se conservan de él.

Yo sabía quién era Bécquer. En mi adolescencia por lo menos, todavía era verdad eso que dicen los Quintero al final de su prólogo a las *Obras Completas* editadas por Aguilar: «En Sevilla, la tierra natal de Gustavo Adolfo, así como es Murillo el pintor por antonomasia, el poeta es Bécquer». Era verdad todavía, digo. Se decía «un Murillo», «un Bécquer», por decir «un pintor», «un poeta». Además, Bécquer tiene dedicada la glorieta más bonita de todo el parque de María Luisa, por lo que no hay sevillano que haya dejado de trabar conocimiento con el poeta, por lo menos allí.

De esta glorieta forma parte un anaquel de mármol, en el que, cada mañana, una mujer, empleada del Ayuntamiento, pone una docena de libros con las obras de Bécquer, que puede coger todo el paseante que quiera, con la sola condición de no salir del recinto fresco y sombreado que preside el monumento. En uno de aquellos libros tuve yo, en realidad, mi primer contacto con la prosa de Bécquer, siendo muy niño. He podido recordar luego que fue el principio de «Los

ojos verdes» —se había grabado en mi conciencia todo aquello del bramido de las trompas, el latir de la jauría desencadenada, las voces de los pajes, la carrera del ciervo herido, y años después lo pude reconocer—, lo primero que leí de él, lo primero importante que leí en mi vida, literariamente hablando⁽¹⁾, pero también recuerdo que muy pronto abandoné la lectura para jugar.

Además de la reproducción del retrato pintado por Valeriano, ilustraba la lección sobre Bécquer un fragmento de la leyenda «El rayo de luna», ese que empieza: «La noche estaba serena y hermosa, la luna brillaba en toda su plenitud en lo más alto del cielo, y el viento suspiraba con un rumor dulcísimo entre las hojas de los árboles. / Manrique llegó al claustro, tendió la vista por su recinto y miró a través de las macizas columnas de sus arcadas... Estaba desierto...»

La noche estaba serena y hermosa, la luna brillaba en toda su plenitud en lo más alto del cielo... Qué palabras más sencillas. Y más impresionantes. Yo no quiero hacer literatura sobre lo que sentí en aquel momento. Diré sencillamente que aquel párrafo final de «El rayo de luna» me impresionó como ninguna otra lectura me había impresionado hasta entonces. No recuerdo ninguna circunstancia posterior de aquella tarde. Sólo recuerdo mi propósito de leer la leyenda completa lo más pronto posible. Esa leyenda y otras leyendas de Bécquer. Empecé a cumplirlo al día siguiente.

Por la tarde, a las seis y media, al salir del colegio, no me fui a jugar al fútbol con los amigos. Llevaba dinero en el bolsillo, no sé cómo lo había conseguido. Atravesé San Pablo, la plaza de la Magdalena, la

calle de Rioja. Posiblemente entraría en la librería Balmes, y también en Atlántida. No lo recuerdo. Sí recuerdo que el libro de *Leyendas*, de la casa editorial Bosch, de Barcelona, el segundo de mi biblioteca⁽²⁾, me lo vendieron en casa Sanz, en la calle Sierpes. Me costó veinte pesetas y su índice contenía veintidós títulos, además del prefacio. Menos de una peseta por título. Y digo títulos porque no todos correspondían a auténticas leyendas. Faltaba «La venta de los gatos», y en cambio contenía un fragmento de «La arquitectura árabe en Toledo». Tengo aquel libro ahora sobre mi mesa. La edición es de 1946. Yo lo compré en la primavera de 1947. El papel ya amarillea y tiene manchas como de herrumbre. En el índice, con tinta que ya empieza también a envejecer, hay unos números, del 1 al 11, al lado de otras tantas leyendas. Números míos, puestos, hace ya mucho tiempo, para marcar el orden de mis preferencias del momento. Es éste: 1. «El rayo de luna»; 2. «Los ojos verdes»; 3. «La rosa de pasión»; 4. «La corza blanca»; 5. «El miserere»; 6. «Maese Pérez el organista»; 7. «La cruz del diablo»; 8. «La promesa»; 9. «El beso»; 10. «El monte de las ánimas»; 11. «La cueva de la mora». Creo que el orden es el orden decreciente de contenido poético-misterioso y que el sentimiento amoroso juega un papel importante en la apreciación, y creo que mi clasificación actual no diferiría excesivamente de ésta, aunque sí un poco⁽³⁾. Era primavera, era en Sevilla y seguramente yo estaba enamorado.

Me llevé el libro a mi casa y aquella misma noche leí «El rayo de luna» y algunas leyendas más. Y así entré en el mundo apasionante de la literatura, del que nunca he vuelto a salir.

Empecé a devorar libros, a pesar de que en aquellos días preparábamos a marchas forzadas el Examen de Estado, y, dos o tres meses después, cuando, aprobado éste, me fui a Chipiona, donde escribí mi primer cuento —imitación de las *Leyendas*, naturalmente— y mi primer poema, llevé conmigo todos los que ya poseía, que eran más de treinta. Sólo puedo recordar que entre ellos estaban las *Obras Completas* de Bécquer y el *Quijote* y los dos tomos de *Novelas Ejemplares* de la colección Austral. Tal vez, también, algo de Shakespeare y algo de Calderón.

Leer y escribir se convirtió para mí en una obsesión. No voy a referir aquí ahora cómo fue mi iniciación en eso que un novelista social llamaría «el oficio». Supongo que, más o menos, como la de cualquier muchacho de mis circunstancias y edad. Sí quiero decir, en cambio, que discurrió frente al espejo de las *Rimas* y las *Leyendas*, bajo el hechizo de los lugares becquerianos, al amparo entrañable de la imagen de Gustavo Adolfo y de su sombra tutelar. La continua lectura de sus obras; el comentario de ellas con algunos amigos; la búsqueda del misterio, a la manera becqueriana, en los encuentros, en las miradas, en las palabras de las muchachas; en los paisajes, en los rincones, en las historias de mi ciudad; el merodeo continuo por su glorieta del parque, por las cercanías de su casa del barrio de San Lorenzo; la visita a su tumba, escondida en un rincón de la iglesia de la Universidad; las excursiones a la Venta de los Gatos o a la búsqueda de aquel remanso cercano al convento de San Jerónimo —que nunca encontré— donde él soñara «el sueño de oro de la inmortalidad»; todo esto constituyó al menos el

cincuenta por ciento de mi vida durante el tiempo que acudí a la universidad.

Luego, pasados algunos años, otras lecturas me llevaron por diferentes caminos literarios, y Bécquer, a quien nunca dejé de querer como algo propio, como un amigo lejano o como un hermano mayor, pareció como que se había alejado de mí. Llegó un momento incluso en que ese alejamiento, unido precisamente a ese amor, provocó en mí un miedo, el temor a que no coincidiera la imagen real de Bécquer con la que yo me había forjado. No me atrevía a releerlo, ni casi a hablar de él. Pensaba que me sería extremadamente doloroso que alguien me descubriera que Bécquer no había sido, o al menos que ya no era, lo que yo había llegado a creer.

Pero un día se puso bajo mis ojos, casi por casualidad, como aquella primera leyenda, la rima XV. Aquella que dice:

Cendal flotante de leve bruma,
rizada cinta de blanca espuma,
 rumor sonoro
 de arpa de oro,
beso del aura, onda de luz,
 eso eres tú.

Tú, sombra aérea que, cuantas veces
voy a tocarte, te desvaneces
como la llama, como el sonido,
como la niebla, como el gemido
 del lago azul.

En mar sin playas onda sonante,
en el vacío cometa errante,

largo lamento
del ronco viento,
ansia perpetua de algo mejor,
eso soy yo.

¡Yo que a tus ojos en mi agonía
los ojos vuelvo de noche y día;
yo, que incansable corro y demente
tras una sombra, tras la hija ardiente
de una visión!

Comprendí que Bécquer estaba no sólo vivo en mí, sino vivo en la poesía, y que jamás podría morir. Posteriormente, la lectura atenta del interesante libro que Rica Brown le consagró me devolvió al Bécquer entrañable, al Bécquer de mi tierra y de mi juventud. El hecho de que cinco años después del tiempo en que esta lectura, este reencuentro, acontecía, habría de celebrarse el primer centenario de su muerte, me llevó a hacerme a mí mismo la promesa que en las páginas que siguen trato de cumplir.

Madrid, diciembre de 1969.

NOTAS

(1) Posteriormente, pero mucho antes de esta tarde de que hablo —siete años antes—, en la clase de Ingreso tuve como libro de lectura un *Quijote* reducido para niños. Lo leíamos todas las tardes. A mí me apasionó. La muerte de don Quijote, los párrafos que «dice» la pluma, sobre todo —«para mí sola nació don Quijote, y yo para él; él

supo obrar, y yo escribir»— me produjeron realmente la primera gran emoción estética, producto de la literatura, que he experimentado en mi vida.

(2) El primero fue la *Astronomía*, de José Comas Solá, editado por Sopena, que me hice comprar cuando tenía once años. Con él, las *Leyendas* y un viejo *Quijote* ilustrado que tenía mi padre quedó fundada mi biblioteca.

(3) Ahora colocaría entre las primeras «El gnomon» y «Creed en Dios» y desplazaría hacia atrás «La rosa de pasión».